

Reseña:

**Aguirre, Osvaldo y Gilda Di Crosta (eds.).
Setecientosmonos. Antología. Buenos
Aires: Santiago Arcos Editor, 2012.**

Archivo, intelectuales y nueva crítica

Mariana Patricia Busso y Lautaro Cossia¹

“Entiendo por archivo el conjunto de los discursos efectivamente pronunciados. Este conjunto es considerado no sólo como un conjunto de acontecimientos que han tenido lugar una vez por todas y han quedado en suspenso, en el limbo o el purgatorio de la historia, sino también como un

¹ **Mariana Patricia Busso** (mar_busso@hotmail.com) y **Lautaro Cossia** (lcossia@yahoo.com.ar) son Licenciados en Comunicación Social, y actualmente cursan el Doctorado en Comunicación Social en la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Son miembros del proyecto de investigación “Ideas y debates en las publicaciones de una década conflictiva: los sesenta en Rosario” dirigido por la Prof. Myriam Stanley, e integrantes del Centro de Investigaciones en Mediatizaciones (CIM) a cargo de la Dra. Sandra Valdetaro, en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR.

conjunto que continúa funcionando, que se transforma a través de la historia, que da la posibilidad de aparecer a otros discursos”.

Michel Foucault

El título de esta reseña y el acápite de Michel Foucault redundan en un mismo señalamiento: la antología publicada de la revista *Setecientosmonos*, edición a cargo de Osvaldo Aguirre y Gilda Di Crosta, recupera un archivo que el presente convierte en un objeto de reflexión y análisis sobre la historia cultural de la ciudad de Rosario, Argentina, en los años sesenta. Ambas dimensiones (ser archivo y proponer una crítica interpretativa de esos documentos recuperados) abarcan toda la estructura del libro. Por un lado, brinda un sumario de los diez números publicados, y la transcripción de buena parte de los artículos, testimonios, cuentos y traducciones aparecidas entre 1964 y 1967. Por el otro, presenta una serie de ensayos que funcionan como una remembranza crítica de aquel itinerario intelectual, al tiempo que constituyen puertas de entrada para la comprensión del material seleccionado en los distintos capítulos: el artículo “En el reino de la literatura”, de Aguirre, propone una lectura introductoria y transversal de aquella experiencia editorial, mientras que bajo el título “Diario de exploración” adelanta la influencia liminar de Abelardo Castillo, con sus “temáticas sociales y los giros coloquiales” (64), y el posterior acercamiento al objetivismo francés, tal lo delatan la ficción “El cubo”, de Juan Martini, y el valor interrogativo o experimental que algunos de sus críticos literarios le adjudican a la obra escrita (65). Mientras tanto, Di Crosta publica los ensayos “Un proceso de formación”, en el que presenta las distintas formas que asume el compromiso político-intelectual de la revista, y “Nicolás Rosa y la nueva crítica literaria”, donde analiza el programa de lectura practicado por el

semiólogo rosarino durante la década del sesenta: “(...) reflexionar críticamente sobre la literatura argentina como un hecho político oponiéndose en su interpretación a la crítica tradicional ideológicamente connotada por el pensamiento burgués, y al mismo tiempo, a la crítica formalizada ortodoxamente por la izquierda comunista” (114). Dicha posición encuentra su complemento analítico en el artículo de Irina Garbatzky, “Sentidos de vanguardia en *Setecientosmonos*: ruptura y eficacia (artística, política, crítica)”, un título que desde su propia enunciación conceptual propone seguir el desarrollo de las tensiones ideológicas y artísticas que cruzaron el campo intelectual. Finalmente, el análisis y las memorias de aquella apuesta editorial se completan con las entrevistas que el propio Aguirre y Julieta Tonello realizaron a Carlos Schork, Omar Pérez Cantón y Norma Desinano, integrantes de una revista que comenzó con los arrebatos de “una juvenilia” de estudiantes universitarios (350) y hoy se rescata como parte del legado literario de la ciudad de Rosario. O, si se prefiere, del mismísimo proceso histórico-cultural que vivió la Argentina entre 1955 y 1976.

El eje y la novedad del libro, sin embargo, hacen foco en la producción de un artefacto literario del mal llamado “interior” del país, siendo que la mayoría de los abordajes han privilegiado publicaciones de Buenos Aires. La magnitud y el impacto de aquéllas desestiman cualquier comparación. Por lo tanto, no se trata de ubicar a esta revista en el horizonte porteño, ni de negar las razones que señalan un desarrollo diferencial. Tan sólo se quiere expresar las potencialidades de un nuevo horizonte de indagación, como en el caso de *Setecientosmonos*, capaz de reconocer espacios de sociabilidad y producción literaria alejados de la gran metrópolis argentina. ¿Qué particularidades reunía el campo intelectual rosarino? ¿Cuál es su diálogo con la producción académica de aquellos años? La antología

de *Setecientosmonos* se deja leer en esa clave de preguntas. Tiene la virtud de convertir en archivo una revista apenas recordada. Pero además hace de esos documentos un muestreo de prácticas literarias que permiten restituir algunas huellas del contexto político y estético del momento. Su circulación, según se sugiere en el libro, reconoce tres etapas: en primer lugar, el origen orquestado entre Martini, Schork, Pérez Cantón y Radeff, marcado por la improvisación, el la impresión mimeografiada y con el único propósito de “difundir las cosas que escribían” (11); en segundo lugar, el período que cruza literatura y compromiso, claramente delimitado por la incorporación de Rosa en el número doble 3/4, cuyo artículo sobre el cuento “Cabecita Negra” de Rozenmacher “incorporaba la política y la historia argentina –el peronismo, la figura del cabecita negra- como un objeto de reflexión que no podía separarse de la práctica intelectual” (16); y finalmente, la última etapa, caracterizada por un giro crítico que hizo que la relación entre intelectual y compromiso se viviera en términos de “política de la literatura” (37). El énfasis que el libro le otorga a estas dos últimas etapas hace que las privilegiemos como puntos de referencia.

De escritores a intelectuales

Setecientosmonos. Antología es eficaz en marcar las instancias de inflexión en el pasaje “de escritores a intelectuales” (30) de los colaboradores de la revista, proceso fuertemente influenciado por la filosofía sartreana y, en particular, por la noción de compromiso, que exigía que el intelectual diera cuenta de sus actos o sus silencios en la determinada circunstancia en la que se encontraba inmerso. Según Terán (*Historia de las ideas*), la *teoría del compromiso* permitía el involucramiento en una determinada situación política o social, desde el propio campo intelectual e

incluso desde sus propios márgenes institucionales. Los documentos incluidos en esta *Antología* explicitan dicho posicionamiento, asumiendo que la revista y a la literatura constituían medios de intervención sobre la realidad. El análisis realizado por los ensayistas de la antología sobre la *Carta de la dirección* del número 5 y el editorial *Hoy, República Dominicana*, (perteneciente al suplemento Testimonios del mismo número), los recupera en tanto documentos elocuentes de tal afirmación. Allí, como muestra Garbatzky, la ruptura y la toma de posición se hacen explícitas: “Decidimos ponernos en contra de medio mundo. Siempre lo estuvimos, hoy nos comprometemos expresamente”, se sostiene en la *Carta* (53). La revista tomó entonces un camino que no abandonaría y que, sin necesidad de manifiestos fundacionales o reiteradas declamaciones, asume como necesaria “la integración absoluta del escritor con su época” (19).

Se nos evidencia aquí otro eje que atraviesa los diversos ensayos de esta antología: la preocupación por ubicar a *Setecientosmonos* en el mosaico de publicaciones del período o, más precisamente, por mostrar el modo en que está atravesada por cuestiones de la época y los debates acerca de la mutua influencia entre obra literaria y realidad social. En ese marco, la asunción de la literatura en tanto herramienta de transformación nos muestra a la revista en la tardea de articular un discurso o estrategia grupal, capaz de marcar la distancia de la separaba de otras posiciones intelectuales y moldear un *nosotros* al interior de ese campo, que Altamirano y Sarlo definen como la creación de “vínculos y solidaridades estables” (*Literatura/Sociedad* 97). Demarcación que será consustancial a ese pasaje a partir de aquel juvenilismo inicial y de una concepción de la literatura comprometida “desde un nivel contenidista, o relativo a los actos

individuales del escritor”, como señala Garbatzky (124-125), hacia una práctica literaria que se convierte en intervención política misma.

De este modo, las etapas que atraviesa *Setecientosmonos* y que recupera esta antología, demarcan un recorrido que se va “haciendo sobre la marcha” (41) y que, ante un creciente contexto de radicalización política, abraza a la literatura y a la crítica literaria por su potencialidad interpelativa y –por qué no- revolucionaria. Como muestra claramente Aguirre, de ese intento inicial centrado en difundir narraciones locales, se pasa a una revista preocupada por establecer su lugar en el concierto de publicaciones intelectuales de la época, hasta llegar a la definición de una voz propia, interesada en la exploración de nuevas formas de escritura y de “abrir nuevas preguntas en torno a la literatura” (21) a través de las *nuevas* formas que asume la crítica literaria.

El giro crítico

La conformación de todo archivo trae consigo las marcas de una decisión selectiva. Y es por eso mismo un indicio a partir del cual pueden brotar los criterios de interpretación perseguidos. En el caso del capítulo IV, se almacenan variados ensayos críticos de Nicolás Rosa, Norma Desinano, Mario Vargas Llosa, Juan José Sebrelí, Gladys Onega, Adolfo Prieto, Josefina Ludmer y María Teresa Gramuglio, publicados en diversos números de la revista y exponentes de lo que en la antología se denomina “una crítica nueva” (105). Este desfiladero de críticos literarios permitió la inclusión de artículos sobre Albert Camus (Vargas Llosa), David Viñas (Rosa / Gramuglio), Simone de Beauvoir (Sebrelí), Oscar Masotta y Roberto Arlt (Rosa), Julio Cortázar (Prieto / Onega), Vicente Leñero (Ludmer), Juan Rulfo (Gramuglio) y Juan José Saer (Desinano). En la conformación de ese archivo recaen las

interpretaciones de Di Crosta o Garbatzky, quedando abierto a nuevas lecturas analíticas. Asimismo, dicho archivo constituye una suerte de homenaje para los realizadores de una revista que transitó nuevas trayectorias críticas y tuvo el mérito de traducir y acercar a teóricos decisivos en su propia formación: “Novela y metafísica” de Maurice Merleau-Ponty, “Santidad y Consumo” de Jean-Paul Sartre, “Literatura hoy”, entrevista realizada a Roland Barthes. Si los dos primeros, sobre todo Sartre, operaron como faros de referencia a la hora de pensar la función social de la literatura y el compromiso franco con las causas sociales de la época, Barthes impulsó la vindicación de las formas y el valor “esencialmente interrogativo” que algunos de sus críticos literarios habrían de adjudicarle a la escritura (65). Es decir, un compromiso que comienza a prestar atención a los vestigios de realidad acogidos por la literatura y se ofrece como síntoma de los cambios avizorados por la nueva crítica, quien tornó inseparable la dualidad conformada por el contexto social y la individualidad estética (23).

En esos límites porosos se mueven los ensayos y traducciones originariamente publicadas en *Setecientosmonos*. La “crisis del comentario” (113) y la necesidad de transformar los modelos expresivos dieron paso a un nuevo registro crítico, moldeado recurrentemente por “la sociología marxista, el psicoanálisis existencial, la antropología estructural” (109). Al respecto, Garbatzky plantea que la revista aparece atravesada por diferentes sentidos de vanguardia: “ruptura con el orden burgués, con la visión europeizante y norteamericana, apoyo a las diferentes insurrecciones en Latinoamérica, compromiso sartreano del intelectual con la realidad política, y sobre todo, abandono de una formulación temática para permitir el pasaje hacia diferentes vías de acción” (131). Precisamente, la culminación de *Setecientosmonos* se diluyó en esas tensiones de época y la vida de sus escritores

siguió biografías políticas e intelectuales diferentes siendo este rescate un mojón iniciático dentro de esas trayectorias, y una excusa para seguir pensando las singularidades del fragmentado campo intelectual rosarino.

Por lo antes mencionado, el libro que aquí nos ocupa no puede verse como una mera antología documental sobre *Setecientosmonos*, sino que encierra una interpretación cultural sobre un artefacto literario convierte en objeto de reflexión, estudio e intervención. Derrida sostuvo que el archivo no es únicamente la documentación y su resguardo, sino también las operaciones que implica su custodia. En tal sentido, *Setecientosmonos. Antología* recupera páginas perdidas en el tiempo y nos propone un análisis sobre determinadas prácticas y escenarios intelectuales, sin olvidar aquello que los trazos de esas publicaciones han dejado tanto en la memoria como en la historia de Rosario. Viejos anaqueles guardan aún la trama azarosa, fugaz y heterogénea de sus revistas culturales.

Bibliografía

Altamirano, C. y Sarlo, B. (1983), *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette.

Arfuch, L. (2007), *Crítica cultural entre política y poética*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (2002) *Dichos y Escritos*, tomo I, Madrid: Editorial Nacional.

Terán, O. (2008), *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Terán, O. (1991), *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur editores.